

encerraban los nombres de los autores de las dos composiciones premiadas en concurso general del Colegio: una poesía á la *Campana del claustro*, un estudio sobre un personaje cualquiera de nuestra historia. Resultó favorecido en el primer tema el Sr. colegial D. José Manuel Saavedra, Inspector del Colegio; en el segundo, el Sr. D. Luis Augusto Cuervo, alumno externo (1), cuyo estudio versa acerca del Dr. Arganil.

Cada uno de los premiados alcanzó, como recuerdo de su triunfo, una flor de oro adornada de perlas.

* * *

El día 2 de Noviembre se celebró el funeral por los Colegiales, alumnos y benefactores difuntos, y empezaron los exámenes.

En ellos se llevó el rigor hasta donde es posible, sin detrimento de la justicia.

J. B. R.

EL CARAMILLO

CUENTO DE REYES POR APELES MESTRES

¿En dónde me contaron esta historia, que historia debe ser, sin duda alguna?... Creo que fue en Saboya, pero no lo juraría, porque de entonces acá han transcurrido muchos años.

I

Era una crudísima noche de Enero; precisamente la noche de Epifanía.

En el lindero del bosque la miserable choza del leñador, cubierta por una espesa capa de nieve, erguía su resquebrajada chimenea, que humeaba penosamente. Junto á la lumbre, el leñador y su mujer contemplaban con ojos soñolientos el caldero donde se cocían, con un murmullo

(1) En la sesión se leyó, por involuntario error, otro nombre.

de descontento, los puches que debían constituir toda la cena.

De súbito rompió aquel silencio, más de tumba que de mansión habitada, un golpe descargado con fuerza á la puerta de la choza. ¿Quién podía llamar tan á deshora? Los dos pobretes se miraron asombrados, y levantándose el leñador enfurruñado, fue hacia la puerta, que abrió no sin recelo.

¡Cielos santos! Uno, dos, tres personajes ricamente vestidos de terciopelo y seda de ricos matices, y llevando en sus cabezas sendas coronas de oro, penetraron en la choza soplándose los dedos y pisando fuerte.

—¡Hola, buenas gentes!, gritó con jovial cordialidad el más barbudo de los tres reyes; á ver si nos dejáis calentar los pies á la lumbre y nos dáis un bocadito de algo caliente. Llegamos de la ciudad y se nos caen las narices de puro heladas. ¡Vaya una ventisca!

Y arrellanándose con exquisita franqueza en el mugriento banco, estiró las piernas, hasta meter literalmente los pies en el rescoldo, y se restregó las manos con complacencia. Sus dos compañeros—un vejete campechano y un negro que al refr dejaba ver una doble hilera de dientes blanquísimos,—imitaron su ejemplo. El leñador y su mujer se frotaban los ojos en la duda de si soñaban, y sus miradas entontecidas iban de uno á otro y de sus huéspedes al caldero.

—Señores reyes.... ó lo que seáis—balbució por fin el leñador,—gran honra es para nosotros tener... la honra de albergaros... Pero es el caso que... que sólo podemos ofreceros un miserable plato de puches, no muy abundantes, y un sorbo de vino, que más tiene de malo que de bueno.

—¿Conque puches, eh? ¡Vengan los puches!,—exclamó riendo y palmoteando el rey barbudo.

—¿Te gustan los puches, Gaspar?

—No los he probado en mi vida.

—¿Y tú, Melchor?

—Tampoco.

—Ni yo; pero no dudo que ha de ser cosa de chuparse los dedos.

Y en sendos platos desportillados comieron los reyes su mezquina ración, deshaciéndose en elogios y felicitando calurosamente á la cocinera entre cucharada y cucharada.

—¡Ea, compañeros!—dijo después de dar el último tiento á la bota el rey barbudo,—es hora de ponernos en camino si queremos llegar al cielo antes que amanezca; pero no será decente que nos marcháramos sin recompensar de un modo ú otro á estas buenas almas por la cordial acogida que nos han dispensado. ¿Llevas tú algo, Gaspar?

—Ni una punta de alfiler.

—Y tú, Melchor?

—Ni yo; pero ¡qué diantre!

Y acercándose á la puerta, gritó:

—¡Efraím!

El jefe de los criados que habían quedado fuera guardando los camellos, cebras, caballos, mulos y pollinos, asomó sus romas narices de etíope.

—¿Ha quedado algo?, preguntó el rey.

—Nada, señor. Bien sabéis que, como todos los años, nos hemos quedado cortos; como de costumbre, los regalos no han alcanzado á los niños pobres....

—Mira bien, Efraím, mira bien; que como dijo el maestro, quien busca encuentra.

El mayordomo entró de nuevo, llevando vergonzantemente algo en la mano.

—Sólo he encontrado esto en el fondo de una caja: un caramillo, pero está roto.

—No importa. Tóma, Juan.

El pobre leñador, sin poder disimular un mohín de despecho, murmuró:

—Gracias, señor, pero no tengo chiquillos.

—Esto es lo de menos; tómallo.

—¿Para qué? Ni yo sé tocar el caramillo, ni aunque supiera, os juro que después de cortar leña desde que ama-

necé hasta que cierra la noche, no está Juan para musiquillas.

—Tómalo, te digo, y no seas testarudo. Cada vez que soples en este caramillo, has de ver cumplido lo que deseas. Pero te advierto una cosa, que es preciso que no echés en olvido: tócalo con moderación, porque la música echa á perder los buenos sentimientos. Adiós.

II

Hacia buen rato que los regios huéspedes habían salido de la choza, y Juan permanecía todavía como petrificado con el caramillo en la mano.

Su mujer, la primera en salir de su estupor, se le acercó preguntándole:

—¿Qué piensas, Juan?

—Que esos farsantes se han burlado de nosotros y que me dan tentaciones de tirar al fuego esta porquería.

—¡Quién sabe!.... ¿Por qué habían de burlarse de unos pobres que han partido con ellos su pobreza?

—Porque así es el mundo, y así son los hombres.

—Pero los reyes....

—¡Otros que bien bailan!

—¿Has oído lo que han dicho?, que cada vez que toques este instrumento se cumplirá lo que deseas. ¿Por qué no probarlo? A ver, ¿no te vendría ahora de perlas, un pollo asado, pongo por caso?.... Anda, hombre, no seas testarudo; desea y sopla!!

Juan obedeció maquinalmente. Pero ¡oh sorpresa!, apenas había salido del caramillo la primera nota, ya humeaba encima de la mesa, perfumando toda la choza, un soberbio pollo asado, relleno de trufas y rodeado de frescas y rizadas hojas de ensalada.

A Juan se le cayó el caramillo de la mano, su mujer saltaba batiendo palmas como si hubiera enloquecido de repente; lloraban y reían á un tiempo, se abrazaban, se aporreaban y tirábanse de los pelos, ni más ni menos que

si les ocurriera una gran desgracia. No les costó poco trabajo á los dos volver á su cabal juicio, y después de dar vueltas y más vueltas al pollo, se sentaron dispuestos á no dejar de él ni la osamenta.

—Pero óye, Juan ; ya sabes que no hay pan en casa....

—No, ¿eh ? , pues aguárda.

Y volviendo á soplar en el caramillo, vio con menos asombro que antes, pero no con menos alegría, un pan dorado y bien oliente aparecer al lado del pollo.

¡Y comían ! ¡y comían !

—Dí, Juan—añadió la mujer,— ¿no te parece que nuestro vino es indigno de remojar tan celestial bocado ?

—Es verdad, mujer ; ¡ míra que en todo atinas !

Y al són del caramillo vieron ergirse encima de la mesa un jarro de reluciente cristal, lleno de vino como jamás lo habían probado los infelices ; ¡ qué probado ! , ¡ ni siquiera soñado !

—Otra cosa se me ocurre, Juan.

—Buena será cuando á ti se te ocurre.

—¿ Te parece decente que dos personas que han senado, como acabamos de cenar nosotros, se acuesten en un miserable jergón, que antes dijérase está lleno de panojas que de paja ?.... ¡ Anda, pillo, que si tuvieras como los señores una cama con sus colchones de lana donde revolcarse, no le harías ascos !

—¿ Tienes razón, hija, pero.... no me atrevo.

—¿ A qué no te atreves, panarra ? ¿ Quién te ha dicho “esto y no más ? ”

—Todo lo que quieras, pero.... no me atrevo ; temo que sea abusar. Recuérdame que el señor rey me ha recomendado no abusar del caramillo. ¡ Ea, que no me atrevo !

—¡ Y qué alcornoque eres ! ¿ Por una tocata más ó menos va á poner reparos el señor rey ?

—¡ Anda, mujer ó demonio, que no hay quien te resista !

Y tocó otra vez, y brotó del suelo la cama, con sus mullidos colchones y sus sábanas de finísimo lino, como las

gastan los señores, y en ella se acostaron tan guapamente los dos esposos, que de pura delicia apenas si durmieron en toda la noche.

En cuanto se despertaron lo primero que se le ocurrió á la mujer fue que la choza parecía una pocilga de puercos más que vivienda de gentes que tal mesa y cama tenían, y pareciéndole esto muy puesto en razón á su marido, dióle al caramillo ; y la choza se convirtió en una casita muy linda, limpia como la plata y reluciente como un espejo. Luégo fueron á vestirse, y avergonzados de los harapos que solían vestir todos los días, los trocaron por vestidos nuevos, y así de deseo en deseo, apenas si el caramillo cesó de resonar en todo el santo día ; de modo que, al cabo de no muchos, los vestidos nuevos se habían convertido en riquísimos trajes, la resplandeciente vajilla de loza fina era ya de oro macizo, la riente casita era un suntuoso palacio, el bosque cercano un parque adornado con los más extravagantes caprichos que puede concebir la fantasía de un loco—que es decir dos locos,—y todo ello cruzado en todos sentidos por criados con librea, camareras lujosamente ataviadas, cocheros y lacayos, cocineros y pinches, jardineros y músicos y bufones.

III

Y volvió por fin otra vez la noche de Epifanía ; y la mujer de Juan, que no tenía nada de olvidadiza ni de ingrata—según ella decía,—quiso celebrar el aniversario de tan señalada noche dando en su palacio un baile de gala, al que asistieron el rey y la reina con su corte.

Estaban tan acostumbrados á que todo lo que deseaban se realizara, que la cosa les pareció lo más natural del mundo.

Como lo fue en efecto. ¡ Qué animación, qué bullicio hubo la noche aquella en el palacio de Juan ! ¡ Qué de luces y de flores ! ¡ Qué de músicas y perfumes ! Aquello parecía algo soñado, no cosa real y viviente.

A lo mejor de la fiesta, y en el preciso momento en que el propio rey felicitaba con mal disimulada envidia al anfitrión por su fausto—mil veces superior al suyo,—llegaron á sus oídos desaforados gritos y voces destempladas, acompañados de ruidos de puertas que se abren y cierran violentamente y de cosas que caen y se hacen añicos; en el propio instante el maestra sala atravesaba azorado el inmenso salón y se detenía ante su amo con semblante consternado.

—¿Pues qué ocurre? preguntóle Juan.

—Una cosa muy rara, señor. Tres mendigos que quieren entrar á viva fuerza.

—Mendigos.... ¿qué es esto? ...

Juan no había oído pronunciar esta palabra desde hacía un año y la había olvidado por completo.

—Tres pobres harapientos, tres pelagatos, que pretenden pasar á todo trance.

—¿Qué viene á hacer aquí esa canalla? ¿Y mis criados no saben echarlos?

—Es que... es incomprendible, señor, pero no hay quien les resista; se abren paso á puñetazo limpio, y el que les pone la mano encima, rueda por el suelo cual si fuera un muñeco de cartón.

—¡Sois todos unos cobardes, unos imbéciles!....

No bien había pronunciado Juan estas palabras, cuando penetraron en el salón tres hombres andrajosos, barbudo el uno, muy anciano el otro y negro como el carbón el tercero.

—¡Fuera esos piojosos! gritó Juan en el colmo de la indignación;—¡arrojad de ahí á esos perros roñosos!....

Los ojos de los tres mendigos relampagueaban con fulgores siniestros. El de la lengua barba, plantándose ante Juan, le dijo con una calma solemne que heló la sangre en las venas de todos:

—Juan, eres un necio... y un malvado.

Sus palabras resonaban de una manera fatídica bajo aquellos techos artesonados, que retumbaban como bóvedas de catedral.

—Juan—prosiguió el mendigo,—te has olvidado de nuestro consejo; has abusado del regalo que te hicimos y esto es necio. Pero hay algo peor; todos los favores que has alcanzado, no han aprovechado á nadie más que á ti; ¿á quién has socorrido? ¿qué buena acción has hecho cuando podías hacer tantas? ¿qué miseria has aliviado, cuando tantas podías aliviar? Ya te lo dije, Juan; la música echa á perder los buenos sentimientos. Dáme, dáme, en buen hora ese caramillo, que no mereces poseerlo por más tiempo.

Juan obedeció como un autómatas. No bien el fatal instrumento hubo pasado de sus manos á las del mendigo, éstos, los invitados, la servidumbre, las luces, las mesas, el palacio, ¡todo había desaparecido!

Solos, Juan y su mujer, miserablemente vestidos como un año antes, acurrucados en su choza oculta bajo la nieve en el lindero del bosque, contemplaban con ojos soñolientos la negra marmita, donde, con un murmullo de descontento, se cocían los puches que debían constituir toda su cena.



VOCES DE ALIENTO

Delegación Apostólica en Colombia—Número 1,042—Bogotá, 12 de Enero de 1909

Señor:

Tengo el honor de transcribir á V. S. copia de la nota que he recibido del Emmo. Señor Cardenal Merry del Val, Secretario de Estado de Su Santidad.